

satisfacen diferentes necesidades. El historiador tradicional de la cultura todavía puede recibir infinito placer con la lectura de las obras maestras del viejo tipo, como la monumental biografía de Burckhardt escrita por Werner Kaegi. El psicoanalista tiene, por supuesto, su Erickson, y el ex marxista puede volverse hacia la teoría, si no es que a la práctica, de Roy Pascal. La biografía por docenas —lo que nosotros, los historiadores de la Antigüedad, llamamos prosopografía, y los historiadores modernos, al menos en Inglaterra, llaman “onomatización” de la historia— le da material nuevo a los historiadores sociales. Lo que es quizá más importante es el hecho negativo de que la auténtica historia social se está volviendo más y más intratable debido a sus cada vez mayores refinamientos y complicaciones. Cualquiera que siga con atención las actividades de la Sixième Section de l'École des Hautes Études se pregunta si un análisis tan microscópico de los progresos humanos se puede proseguir indefinidamente. ¿Podrán los historiadores ser capaces siempre de enumerar las facetas innumerables de la vida? En esta situación de incertidumbre, por lo menos parece que un biógrafo representa algo circunscrito; cualquiera que sea la objeción que los historiadores de la Antigüedad podamos tener contra el acercamiento prosopográfico a la política romana, ésta al menos proporciona datos sólidos: las carreras y las relaciones familiares son hechos. La biografía ha adquirido un papel ambiguo en la investigación histórica: puede ser un instrumento de investigación social o puede ser un escape de la investigación social.

No es probable que en el presente alguien ponga en duda que la biografía es una clase de historia. Nosotros podemos muy bien regresar a los inventores de la biografía, los antiguos griegos, para preguntar por qué ellos nunca reconocieron que la biografía es historia. También podemos hacer algunas otras preguntas que brotan directamente de la nueva situación de la biografía en la historiografía contemporánea. Podemos preguntar cuál era

la posición de la autobiografía en relación con la biografía en el mundo antiguo: la misma pregunta está en pie para la historiografía del siglo XX. Podemos preguntar qué parte de la filosofía proporcionó las formas de la biografía antigua: la misma pregunta, por supuesto, se da para la biografía moderna, como William Dilthey explicó por primera vez.

La nueva posición privilegiada de la biografía en los estudios históricos contemporáneos es en sí misma una paradoja que provoca interrogantes y dudas.

## Notas

<sup>1</sup> *Kleine Schriften* (1910), p. 66.

<sup>2</sup> *De la manière d'écrire l'histoire* (ed. 1784), p. 10.

<sup>3</sup> *Historik* (ed. 1937), p. 292.

<sup>4</sup> *The Idea of History*, p. 304. (Cfr. la ed. española, *La idea de la historia*, FCE, México, 1952, p. 346.)

<sup>5</sup> *Storia della storiografia italiana nel sec. XIX*, 2a ed., p. 282.

## El coronel Redl

Stefan Zweig

Tomado de *El mundo de ayer* de Stefan Zweig, Porrúa, “sepan cuantos...” 418.

Según demuestra la experiencia, es mil veces más fácil reconstruir los hechos de una época que su atmósfera espiritual. Esta no se refleja en los grandes acontecimientos, sino más bien en pequeños episodios personales, como los que aquí quiero interpolar. Hablando sinceramente, no creía yo entonces en la guerra. Pero dos veces soñé con ella despierto, por así decirlo, y quedé con el alma espantada. Ocurrió por primera vez con ocasión del “caso Redl” que, como todos los episodios de fondo de la historia, es poco conocido.

Personalmente, sólo conocí muy de paso a aquel coronel Redl, protagonista de uno de los más complicados dramas de espionaje. Vivía a la distancia de una manzana de mi domicilio, en el mismo

distrito, y cierta vez, en el café donde aquel señor de aspecto reposado y apegado a la vida acostumbraba fumar su cigarro, mi amigo el fiscal T. nos presentó. Desde entonces nos saludábamos. Pero sólo más tarde descubrí hasta qué punto el misterio nos rodea en la vida y cuán poco sabemos de los hombres que se mueven junto a nosotros. Aquel coronel, que exteriormente parecía un buen oficial austríaco, uno de tantos, era confidente del heredero del trono. Tenía a su cargo la dirección del servicio secreto del ejército y se le había confiado la tarea de contrarrestar el espionaje adversario. Pues bien: de repente se difundió la noticia de que en 1912, durante la crisis de la guerra de los Balcanes, cuando Rusia y Austria movilizaban sus ejércitos una contra otra, había sido vendido a Rusia el más importante documento secreto del ejército austríaco, el "plan de despliegue", lo que, en caso de guerra, hubiera tenido que producir una catástrofe sin igual, ya que los rusos conocían de antemano, uno por uno, todos los movimientos tácticos del ejército austríaco. El pánico que esa traición provocó en las esferas del Estado Mayor fue terrible. Al coronel Redl, como perito supremo, le correspondía entonces la tarea de descubrir al culpable, que sólo podía encontrarse en el más estrecho círculo superior. El Ministerio del Exterior, a su vez, desconfiando un poco de la habilidad de las autoridades militares —ejemplo típico de las celosas contramedidas de los departamentos oficiales—, dio orden, sin informar al Estado Mayor, de realizar una investigación por separado, y encargó a la policía, con tal objeto, aparte otras medidas, abrir todas las cartas que llegaban desde el exterior a las casillas de correo y a *poste restante*, sin respetar el secreto postal.

Cierto día, procedente de la estación fronteriza rusa de Podwoloczicka, llegó un sobre con la dirección "*Opornball* (Baile de la ópera), *poste restante*", sobre que, al ser abierto, resultó no contener carta alguna, sino seis u ocho flamantes billetes de mil coronas austríacas. En seguida se comunicó ese sospechoso ha-

llazgo a la dirección de policía, que dio orden de apostar un agente secreto en la ventanilla para detener, sin más trámite, al hombre que reclamara aquella carta dudosa.

Por un instante, la tragedia tomó un giro cómicamente vienés. A mediodía se presentó un señor desconocido y reclamó una carta a nombre de Opornball. El empleado respectivo quiso dar la señal convenida al agente secreto. Pero, en aquel momento, el detective había ido a tomar su aperitivo, y cuando regresó, ya el desconocido había tomado un coche de punto, alejándose en dirección ignorada. Pero no tardó en iniciarse el segundo acto de la comedia vienesa. En aquellos tiempos de los coches de punto, vehículos elegantes y de moda, el auriga se consideraba personaje demasiado distinguido para lavar el carruaje con sus propias manos. En cada parada había, por lo mismo, un llamado "aguatero", cuya función era la de dar de comer a los caballos y limpiar los arreos. Ese "aguatero", por fortuna, recordaba el número del coche que en aquel momento había salido. Al cabo de un cuarto de hora estaban informadas y puestas sobre aviso todas las secciones de policía, y pronto se dio también con el carruaje. El auriga describió a su pasajero y manifestó que lo había conducido a aquel café Kaiserhof donde yo siempre veía al coronel Redl, y además, por una feliz coincidencia, se encontró en el coche el cortaplumas con que el desconocido había abierto el sobre. Los agentes secretos se dirigieron sin pérdida de tiempo al café Kaiserhof. El caballero, cuyas señas dieron allí, entre tanto, se había vuelto a marchar. Pero los mozos declararon, con la mayor naturalidad, que aquel señor no era otro que su viejo parroquiano el coronel Redl, que acababa de irse al hotel Klomser, donde vivía.

El agente secreto se quedó como petrificado. El misterio acababa de revelarse. El coronel Redl, jefe supremo de espionaje del ejército austríaco, era, a la vez, espía al servicio del Estado Mayor ruso. No sólo había vendido los secretos del "plan de despliegue", sino que, además,



se supo de repente por qué en los últimos años habían sido detenidos y condenados con toda regularidad cuantos espías se habían enviado a Rusia. Comenzó un tempestuoso fuego cruzado de llamadas telefónicas, hasta que por fin se dio con Conrado von Hötendorf, jefe

del Estado Mayor austríaco. Un testigo ocular de la escena me refirió que, después de las primeras palabras, aquél se puso lívido. El teléfono siguió llamando, luego, en el palacio imperial; una conferencia sucedía a la otra. ¿Qué hacer ahora? La policía por su parte, había tomado

algunas precauciones a fin de impedir que el coronel Redl desapareciese. Cuando quiso salir del hotel Klomser y se detuvo para dar una indicación al portero, un agente secreto se le acercó sin llamar la atención, le enseñó el cortaplumas y le preguntó cortésmente:

—¿No dejó olvidado el señor coronel este cortaplumas en el coche?

En este mismo segundo supo Redl que estaba perdido. Adondequiera que dirigía su mirada, se encontraba con los bien conocidos rostros de los agentes secretos que lo vigilaban, y cuando volvió a entrar en el hotel, dos oficiales lo siguieron hasta su habitación y depositaron un revólver sobre su mesa. Porque, entre tanto, en el palacio imperial, el *Hofburg*, había resuelto acabar del modo menos llamativo posible con aquel asunto, tan vergonzoso para el ejército austríaco. Hasta las dos de la madrugada se pasearon ambos oficiales frente a la habitación de Redl, en el hotel Klomser. Sólo entonces se oyó dentro el tiro de revólver.

Al día siguiente, los diarios de la tarde publicaron una breve noticia necrológica acerca del benemérito coronel Redl, que había fallecido repentinamente. Pero el número de personas que había intervenido en la persecución era demasiado elevado para que pudiera guardarse el secreto. Poco a poco se conocieron, además, detalles que explicaban psicológicamente muchos puntos. El coronel Redl tenía, sin que lo supiera ninguno de sus camaradas o superiores, inclinaciones homosexuales, y se hallaba desde hacía años en manos de chantajistas que, por último, lo habían empujado hacia aquel recurso extremo. Un estremecimiento de horror recorrió al ejército. Todos sabían que, en caso de guerra, aquel hombre solo habría causado la muerte de centenares de miles de seres, y que la monarquía, por su culpa, habría llegado al borde del precipicio. Sólo en aquel momento comprendió Austria entera que el año anterior había estado ya al borde de la guerra mundial

**La Cocina  
EN EL BOLSILLO.**



**EDITOR  
ANTONIO YANEGAS  
MEXICO.**